

## LA NUEVA EVANGELIZACIÓN: RESPONSABILIDADES Y DESAFÍOS PARA EL CONTINENTE AMERICANO

+Charles J. Chaput, O.F.M. Cap.  
Ciudad de México, 16/11/2013

Hace dieciséis años, el 16 de noviembre, comencé mi labor como delegado de la Asamblea Especial para América en el Sínodo de los Obispos. Esas semanas en Roma hace ya tantos años, sirviendo a los hermanos de todo el hemisferio, fueron una educación y una bendición extraordinarias. Modelaron el curso de mi vida como Obispo. Gracias a ese encuentro, tengo en mi escritorio una pequeña imagen de la Virgen Desatanudos, un regalo del entonces Arzobispo Coadjutor de Buenos Aires. Como algunos ya saben, él ahora ha asumido otras responsabilidades.

Mucho ha cambiado desde 1997. El mundo es un lugar diferente. Para la Iglesia en América, mucho de ese cambio ha sido bueno. El diálogo entre los obispos de Norte y Sudamérica ha crecido, así como la cooperación entre fronteras. Diferimos en lenguaje y cultura pero estas diferencias son un don, no un obstáculo. Como obispos, creo que entendemos, ahora más que nunca, que nuestra común fe católica es un puente que elimina las distancias entre nosotros. Lo único que puede separarnos es nuestra propia indisposición a vivir lo que decimos creer sobre Jesucristo y a fortalecer la unidad que encontramos en Él.

Como hermanos, necesitamos del otro y necesitamos recordar que Dios está siempre con Su Iglesia. Los millones de personas, especialmente los jóvenes, que saludaron al Papa Francisco tan alegremente en Brasil este año no eran un espejismo, tampoco un accidente. Eran la voz y el alma de un continente. Muestran que el corazón humano a toda edad, en todos los rincones del mundo, está hambriento por algo más que uno mismo: tiene hambre de algo o *Alguien* que está más allá del horizonte de esta vida. Los hombres necesitan a Dios. Siempre ha sido así y siempre será así. Y así también, el mensaje de Jesucristo siempre será dador de vida y la misión de Su Iglesia siempre será urgente. Como dijo una vez San Agustín, el corazón humano estará inquieto hasta que descanse en Dios.

Esa es la Buena Noticia. Es la noticia más importante. Buena parte de la historia humana se parece al movimiento de las placas tectónicas, con nuestro aprendizaje y cultura desplazándose en largas y lentas corrientes de tiempo. Este tiempo no ha terminado. Vivimos un momento de choque de placas, un tiempo como ninguno desde la confusión y las ansiedades de la Reforma, un cambio en la civilización que arroja lo antiguo y eleva lo nuevo con indiferencia. Como resultado, necesitamos ver y responder al mundo cómo realmente es. Dañamos a nuestra gente y nos engañamos a nosotros mismos si nos permitimos ser complacientes, si no reconocemos la forma del mundo que ahora emerge a nuestro alrededor.

Como el Papa Francisco le dijo a *La Repubblica* el mes pasado, hoy en día el comienzo y el fin de la vida pueden ser momentos de desesperanza. Los ancianos con frecuencia están sumidos en la soledad mientras que los jóvenes están “aplastados bajo el peso del presente (sin) una memoria del pasado y sin el deseo de mirar hacia el futuro y construir algo, un futuro, una familia”. *Aplastados bajo el peso del presente*, son palabras fuertes pero verdaderas. Y las soluciones materiales y programáticas a problemas como éste, sin importar qué tan buenas sean, nunca funcionarán a menos que empiecen con el contacto humano directo y con la ternura del amor cristiano.

Mi misión hoy es hablar sobre los desafíos y las responsabilidades del continente americano en la labor de la nueva evangelización. La exhortación apostólica del Beato Juan Pablo II, *Ecclesia in America*, hizo esto de modo comprensivo en 1999. No necesito repetir su contenido aquí.

Pero sí necesitamos recordar que, en este texto, Juan Pablo prestó especial atención a las palabras “Porque quienes mucho han recibido, mucho se les pedirá” del Evangelio de Lucas (12:48). Ese pasaje se aplica no solo a los ricos y poderosos que están a nuestro cargo, también se aplica a todos *nosotros*: nosotros los obispos que tenemos el privilegio de servir y guiar a la Iglesia. La *Ecclesia in America* nos recuerda que “el mayor don que América ha recibido del Señor es la fe, que ha ido forjando su identidad cristiana” (14). Parte de la administración de esa fe está en nuestras manos y Dios nos pedirá cuentas por ello.

Los desafíos que enfrentamos como Iglesia en América –pastorales, sociales, económicos y políticos– son muchos y son serios. Hoy quiero centrarme brevemente en tres de ellos. Los dos primeros son la *pobreza* y las *drogas*. Hablaré del tercer problema a su debido tiempo. Cuando hablamos de “pobreza y drogas”, probablemente necesitaremos entender esas palabras en un sentido más amplio al que normalmente utilizamos.

La *Ecclesia in America* habla de “los pecados sociales que claman al cielo” porque degradan la dignidad humana y generan odio y división (56). La pobreza es un ácido que destruye el parentesco humano. Estados Unidos es la nación más poderosa y rica de la historia, pero una de cada seis personas en mi país vive ahora debajo de la línea de pobreza. Y la pobreza siempre, *inevitablemente*, viene con una familia de otros males: hambre, indigencia, crimen callejero, violencia doméstica, desempleo y tráfico de personas.

Todos estos males ahora pertenecen a las sombras de la vida urbana y la vida rural de mi país. Carcomen nuestro sentido de la justicia, minan la integridad de nuestro discurso público. El problema con esto es que la economía de Estados Unidos funciona tan bien para tanta gente que los pobres se hacen invisibles y al serlo, pueden ser ignorados.

Por supuesto, la pobreza en Estados Unidos es una cosa, pero la pobreza de las *favelas* de Brasil es otra. Muchos en mi país –incluso cuando entienden las desigualdades económicas en América Latina– no tienen una experiencia real del sufrimiento humano involucrado. Muchos de nosotros que vivimos en el Norte no tenemos la experiencia de un pobre sistema de salud, una pobre educación, una vivienda pobre, una sanidad pobre, la falta de electricidad, la corrupción en serio o el desempleo masivo: al menos no como suele suceder comúnmente en los otros países de América; y no tenemos la experiencia de la brecha entre ricos y pobres que existe en otras regiones del hemisferio.

Nada de esto quita al progreso económico y político del Continente en años recientes, pero sí nos revela otro tipo de pobreza. Me refiero a la pobreza moral que viene de una cultura avanzada que se centra implacablemente en consumir, más que en cualquier otra cosa; una cultura construida sobre la satisfacción de uno mismo; una cultura que se apura en ignorar las necesidades de otra gente. *Ese* tipo de pobreza, como vio tan bien la Madre Teresa, está mucho más viva en mi país. Es como un parásito del alma. Nos deja siempre comiendo y siempre hambrientos por más: y deja muerto de hambre al espíritu que nos hace realmente humanos.

Y como la pobreza material, la pobreza moral tiene sus consecuencias. Genera temor por la nueva vida, rechazo hacia los niños, una sexualidad confundida y matrimonios rotos. Resulta en codicia, depresión, fealdad y agresión en nuestra cultura popular, así como leyes sin sustento en la verdad. El verdadero desarrollo humano exige más *–mucho más–* que mejores conocimientos, mejor administración y mejores bienes de consumo, aunque todas esas cosas son maravillosas en su lugar. La felicidad humana no puede separarse de la sed humana de significado y las cosas materiales no pueden proporcionarlo. La abundancia puede matar el alma tan fácilmente como la escasez, es solo un tipo distinto de pobreza. Por eso la *Ecclesia in America* pregunta “si una pastoral orientada de modo casi exclusivo a las necesidades materiales de los destinatarios” no ha “terminado por defraudar el hambre de Dios que tienen esos pueblos, dejándolos así en una situación vulnerable ante cualquier oferta supuestamente espiritual” (73).

Para parafrasear a C.S. Lewis, el demonio es feliz al curar nuestra fiebre si en el proceso puede enfermarnos de cáncer. Curar el sufrimiento del hombre es una cosa noble y hermosa, pero hay una diferencia entre mitigar su dolor, y hacerlo pleno y bueno.

Del mismo modo, solucionar la pobreza del cuerpo reemplazándola con un alma hambrienta no es una solución. Marx llamaba a la religión el opio del pueblo, pero el *verdadero* opio del pueblo –las hojas de coca de la cultura moderna que todos esperan que masquemos– es el río de comodidades y distracciones consumistas que usamos para adormecer nuestro hambre más profundo de Dios y el acuciante sentido de obligación para con tantas otras personas.

La vida moderna en los países desarrollados se está convirtiendo en un montón de narcóticos, desde la pornografía y el aborto hasta el crack y la cocaína. Y eso nos lleva al tema de las drogas, el segundo de los tres problemas que mencioné al principio. En un sentido, las drogas son solo el síntoma, no la causa, de una profunda disfunción social. La pobreza es el problema fundamental para entender una sociedad problematizada, pero los dos temas están muy conectados. La pobreza genera desesperación, que busca alivio en las drogas, y estas últimas destruyen vidas que terminan en la pobreza y el crimen. Los dos problemas se alimentan y se complementan.

Todos nosotros aquí sabemos del impacto del narcotráfico en la vida de nuestro continente. La *Ecclesia in America* lo coloca entre los pecados que claman al cielo por justicia. La violencia relacionada a la droga ha matado a decenas de miles de personas. El dinero de las drogas deforma economías enteras, paraliza el desarrollo, corrompe a las fuerzas del orden, envenena los tribunales y el proceso político. Difunde la pobreza y la desesperanza, atrapa a las mujeres y a los niños en la prostitución y les roba su futuro a los jóvenes.

Se puede ver algo genuinamente infernal en cada transacción que se aprovecha del sufrimiento de un joven inocente. Esa misma *infernalidad* infecta a cada hombre y mujer que se hacen cómplices al sostener la criminal industria de la droga, desde los adinerados consumidores en Nueva York hasta los jefes de los cárteles en México, pasando por los químicos en la selva de Colombia. Estados Unidos tiene una responsabilidad especial en el problema debido a su enorme demanda de sustancias ilegales y, como el Papa Francisco resaltó en su visita a Brasil a mediados de este año, despenalizar el narcotráfico *no* controlará ni solucionará el azote de las drogas. Solo podrá hacerlo una reforma profunda y personal.

Por supuesto, ninguno de estos argumentos sobre la pobreza y las drogas es nuevo. Ya otros los han enunciado antes y mejor. El punto que quiero resaltar al señalarlos nuevamente es que la pobreza, las drogas y muchos otros asuntos dolorosos que nuestra gente enfrenta *se originan (en) y empeoran* una crisis espiritual aún más grande: Es una crisis de identidad y sentido que toca cada rincón del continente americano. Atraviesa toda frontera y grupo lingüístico; y nos lleva al tercer problema que espero podamos tratar entre nosotros durante esta peregrinación.

El tercer problema somos *nosotros mismos*, cada uno de nosotros como creyente y obispo, *nuestras* limitaciones, *nuestras* debilidades. Dios nos ha llamado a liderar, la Iglesia nos ordena hacerlo y tenemos la responsabilidad de hacerlo. Sí, nosotros los obispos no hemos creado el mundo en el que vivimos ahora. Sí, no controlamos la mayoría de factores que le dan forma al mundo del mañana ni pretendo entender las presiones especialísimas y graves que mis hermanos de América Latina enfrentan y yo no. Les pido su indulgencia por eso y espero que aporten y corrijan lo que diga aquí de acuerdo a su experiencia.

Pero *sí* sé que cuando hablé en la Asamblea Especial para América hace 16 años, hablé desde un consenso moral en Estados Unidos que aún era mayoritariamente cristiano. Hoy eso no es más así. *Sé* que los medios de comunicación de Estados Unidos dan forma a los apetitos, creencias y prejuicios de muchos en el resto del mundo –incluyendo a los jóvenes católicos– y con algunas excepciones, estos medios no son amigos de la fe católica.

*Sí* sé que la asistencia a Misa y la práctica sacramental han ido declinando por décadas en muchas diócesis estadounidenses, mucho antes de la crisis de abusos sexuales por parte del clero en años recientes. Y *sé* que millones de católicos en mi país y en Canadá son bautizados e incluso catequizados pero no conocen a Jesucristo y, por lo tanto, para muchos de ellos el lenguaje de las Escrituras, el culto y el razonamiento moral católico resultan incomprensibles.

Otra vez, nosotros *los obispos somos responsables*, no de cada fracaso, de cada error ni de cosas en las que no influimos ni controlamos. Pero sí tenemos el deber de examinarnos a nosotros mismos y a nuestro trabajo honestamente, para corregirnos unos a otros con franqueza, para reformar nuestros corazones y para dar nuestras vidas, celosa y completamente, sin tener en cuenta el costo, para servir a Dios y a nuestra gente. Un amigo una vez me envió una línea del poeta inglés T.S. Eliot, y desde entonces se quedó en mi memoria. *Para nosotros, solo existe el intento, el resto no nos incumbe*. El éxito en el trabajo de evangelización pertenece a Dios, en su propio tiempo, en su propio modo, pero el trabajo nos pertenece a nosotros, *ahora*. Y necesita involucrar más factores que solo la buena doctrina, es necesario guiar a nuestra gente –incluyendo a los bien catequizados– para abrazar a Jesucristo y sus enseñanzas de un modo nuevo y más personal.

Quiero referirme ahora, en esta última parte de mi discurso, a los deberes que tenemos como un cuerpo de hermanos católicos en la tarea de la nueva evangelización. Podemos comenzar con algunas palabras de Agustín, que sirvió a la Iglesia como obispo en un mundo que no era como el nuestro. En sus *Sermones*, Agustín una vez escribió:

*Quien no quiera temer, que pruebe su yo más íntimo. Que no toque solo la superficie; que vaya a lo profundo de sí, que llegue hasta el último rincón de su corazón.*

Esto es lo que significa:

De modo inmediato, necesitamos ser honestos –y a veces eso significará ser autocrítico– en las sesiones de trabajo que tendremos por delante mañana. Por ejemplo, la *Ecclesia in America* claramente resalta que “entre los factores que favorecen la influencia de la Iglesia en la formación cristiana de los americanos, debe señalarse su amplia presencia en el campo de la educación y, de modo especial, en el mundo universitario... Otro campo importante en el que la Iglesia está presente en toda América es el de la asistencia caritativa y social” (18). Los logros de la educación superior católica en América no están en discusión, pero es verdad que hoy, algunas universidades católicas e institutos, y algunos ministerios de caridad, parecen ser solo “católicos” de nombre. ¿Estamos dispuestos a admitir esto? ¿Estamos dispuestos a hacer algo al respecto?

El título de la sesión que encabezo mañana –Grupo de trabajo 8– es “*La actividad misionera de la Iglesia en universidades e institutos de educación superior*”. Es muy posible que la labor misionera de la Iglesia en las instituciones seculares sea ahora *más* fructífera y con un *mejor* uso de los recursos que su presencia en los campus de las muchas universidades que se denominan “católicas”. Eso me resulta curioso y triste.

A largo plazo, necesitamos entender que la “nueva” evangelización es finalmente muy similar a la “antigua” evangelización. Necesitamos entender las esperanzas y los temores del mundo de hoy, especialmente los de los adultos jóvenes, y necesitamos especializarnos en nuevas tecnologías y métodos para llegar a la gente allí donde está hoy en día. Pero los programas y las técnicas no convierten al corazón humano, solo el testimonio de otra persona puede hacer eso. No podemos dar lo que no tenemos. Si nosotros como obispos no tenemos pasión por Jesucristo, un celo por su Iglesia y humildad respecto a nuestras propias debilidades, entonces nunca podremos encender en otros el fuego del Evangelio. Nuestros corazones tibios y orgullosos serán obstáculo en el camino.

También necesitamos comprender que, mientras más grande sea nuestra historia como Iglesia local y mientras más extenso sea nuestro legado como diócesis y más grandes sean nuestras instituciones católicas, entonces más encumbrados estaremos por la nostalgia y más difícil será pensar creativamente respecto al futuro. El pasado es importante, necesitamos recordarlo y reverenciarlo. Aunque nos ancla en la continua historia de la Iglesia y nos da la identidad, no podemos permitirle al pasado que nos capture. Con mucha facilidad el pasado se transforma en una especie de lastre aerodinámico, en un enemigo de la agilidad y la radicalidad que necesitamos para tocar las vidas de otras personas con nuestro testimonio cristiano.

Si esta tentación de la inercia es real en la Iglesia en Filadelfia luego de 250 años –y también es frecuente– entonces necesitamos ser igualmente francos sobre la Iglesia en el resto de América, en donde sus estructuras e historia son mucho más antiguas.

Necesitamos, final y urgentemente, trabajar juntos más de cerca para proteger la dignidad de las familias que se encuentran atrapadas entre la pobreza de la vida en el Sur y las leyes de inmigración en el Norte, que con frecuencia parecen incoherentes, irrazonables e incluso vengativas. Tomando nuevamente las palabras del Papa Francisco, demasiados inmigrantes están “aplastados por el peso del presente”: Un presente marcado por el estancamiento en Washington, la ambivalencia y el temor de muchas personas en el Norte y la presión de la necesidad de construir una vida mejor de tantas personas en el Sur.

El derecho a la vida comienza con el niño no nacido. Nada puede excusar la violencia o mitigar el mal del aborto. En mi país, el culto al aborto ha envenenado nuestras leyes, nuestro discurso público e incluso la fe y la integridad de muchas personas que se consideran a sí mismas cristianas.

Pero el derecho a la vida va más allá del vientre. Para prosperar, los niños necesitan familias con un padre y una madre; y la integridad de la familia depende de la libertad de los padres para buscar trabajo, ganar un salario honesto y apoyarse el uno al otro y a los hijos que Dios les conceda.

Las leyes que impiden el derecho de la familia a sobrevivir y tener trabajo, incluso a través de las fronteras cuando es necesario, atacan a la familia misma. Y al dañar a la familia, estas leyes inicuas atacan la célula básica de la sociedad humana. Los derechos de la familia se conectan íntimamente con el asunto de la justicia en los debates actuales sobre inmigración y, en ese espíritu, les pido a ustedes y a su gente que *por favor* se unan a nosotros en el 2015 en Filadelfia para el siguiente Encuentro Mundial de las Familias. El mundo necesita urgentemente ver el testimonio de la solidaridad familiar cristiana que existe en todo nuestro continente –cientos de miles y fuertes– y que trascienda el idioma, el color, la cultura y las fronteras.

Quiero concluir con este último pensamiento.

Hace más de 500 años, los hombres vinieron del Antiguo Mundo de Europa hacia el Nuevo Mundo de América. Trajeron consigo su orgullo y su avaricia, sus enfermedades y pecados, pero también nos trajeron un tesoro invaluable: la Palabra de Dios, el Evangelio de Jesucristo. Y por eso este continente que ahora compartimos es diferente y mejor. Mis propios ancestros nativos, la gente de la tribu Prairie Band Potawatomi, oyeron el Evangelio de los misioneros de la Santa Cruz y los jesuitas, y eligieron ser bautizados. Ellos me legaron este gran don de la vida, de mi fe católica.

El Nuevo Mundo de los conquistadores se convirtió, de muchas formas, en un mundo de poder, codicia y abuso de la dignidad humana. En nuestros días, Dios nos llama a construir un *nuevo* “Nuevo Mundo”: un mundo de misericordia, justicia, paciencia y amor. Un nuevo “Nuevo Mundo” fundado en las palabras de su Hijo: *“Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, pues ellos serán saciados. Bienaventurados los misericordiosos, pues ellos recibirán misericordia. Bienaventurados los de limpio corazón, pues ellos verán a Dios. Bienaventurados los que procuran la paz, pues ellos serán llamados hijos de Dios. Bienaventurados aquellos que han sido perseguidos por causa de la justicia, pues de ellos es el reino de los cielos”* (Mt 5:6-10).

El obstáculo más grande para ese nuevo “Nuevo Mundo” no son los enemigos que nos odian ni los no creyentes que insultan a la Iglesia y al Evangelio. El obstáculo más grande es *el Antiguo Mundo que vive en nuestros corazones, incluso en aquellos de nosotros que somos obispos, y tal vez especialmente en algunos de nosotros que somos obispos*: nuestro orgullo, nuestra cobardía, nuestra falta de confianza en las promesas de Dios.

Jesús dijo: “He aquí, yo hago nuevas todas las cosas” (Ap 21:5). Necesitamos que esas palabras se hagan vida, se hagan carne y hueso en nuestras propias vidas y en la pasión de

nuestro propio testimonio cristiano. En estos días finales del Año de la Fe y mientras rezamos juntos en este gran santuario mariano, pidamos que Nuestra Señora de Guadalupe, la Estrella de la Nueva Evangelización, nos guíe para hacernos nuevos en su Hijo: Jesucristo la Palabra de Dios, Jesucristo el Señor, Jesucristo el Rey de este mundo y de todos los mundos.